



## RUMANIA Y ESPAÑA ANTE LOS RETOS DE LA COOPERACIÓN EN LA EUROPA UNIDA DEL SIGLO XXI. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Ricardo M. MARTÍN de la GUARDIA y Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ  
*Universidad de Valladolid e IEE*

### 1. Los años vividos bajo el «socialismo real»

Una vez concluida la guerra, y ante la evolución de los acontecimientos en Rumania —que incluso había establecido relaciones bilaterales con la URSS el 4 de agosto de 1945— el Rey Miguel solicitó oficialmente la intervención en su país de la Comisión de Control interaliado con el propósito de convencer al gobierno de la necesidad de presentar la dimisión y de convocar inmediatamente elecciones generales. Como la Comisión estaba de hecho controlada por la Unión Soviética en su calidad de potencia aliada en su zona de influencia, la máxima aspiración del Rey —la dimisión del gabinete— no fue satisfecha y significó un duro revés para la oposición. Sin embargo, para paliar el descontento de los representantes de las potencias occidentales, los soviéticos lograron del gobierno rumano la convocatoria de elecciones generales. A estos efectos, y de cara a reforzar su posición en el país, los comunistas llevaron a cabo una nueva depuración en la administración pública a todos los niveles; y, al mismo tiempo, organizaron, el 17 de mayo de 1946, una coalición electoral con todos los partidos y grupos políticos afines, cuyo programa máximo consistía en el establecimiento de un régimen de «democracia popular». Una nueva ley electoral, de 16 de junio, facilitaba todavía más si cabe el camino a la coalición anteriormente citada: en la práctica dicha ley negaba el voto a los considerados «colaboracionistas» (antes de las elecciones fueron detenidos y juzgados miembros de la oposición acusados de «organización terrorista» por medio de los habituales procesos sumarísimos) y, al mismo tiempo, ampliaba el derecho de sufragio a las mujeres.

Como parecía previsible, las elecciones del 19 de noviembre de 1946, con una participación de casi ocho millones de ciudadanos, dieron el triunfo a la coalición procomunista, que obtuvo cerca del 80 por ciento de los votos y 385 escaños de los 414 posibles. El recuento oficial de los votos fue duramente criticado por la oposición al considerar que se había producido una «falsificación de resultados electorales». Tras la firma del tratado de paz con las potencias vencedoras, Rumania comenzó la transformación radical de sus estructuras políticas y económicas; Así la nueva Asamblea Nacional aprobó la nacionalización de la industria y de la banca.

Para terminar definitivamente con la oposición, el nuevo gobierno procedió a disolver oficialmente, el 29 de junio de 1947, el Partido Nacional Campesino, cuyo líder, J. Maniu, fue detenido y acusado de «conspirar contra el Estado con agentes americanos y británicos». Este atentado a las libertades políticas tuvo como corolario la práctica de depuraciones y purgas políticas a gran escala en el país. Una vez que el Partido Comunista —con la ayuda del Partido socialdemócrata, su fiel servi-

dor— logró hacerse con las riendas del Estado, ambos partidos llegaron a la unificación en el otoño de 1947. A finales de este año, el triunfo de la revolución comunista era un hecho. El 30 de diciembre era abolida la monarquía e instaurada, al mismo tiempo, la «República Popular Rumana». Al comenzar 1948, el régimen de partido único era ya una realidad, tal como proclamó oficialmente el primer Congreso del refundado Partido Obrero Rumano (con Gheorghiu-Dej al frente del mismo), celebrado en febrero de dicho año. Posteriormente era creado a instancias del Partido-guía un nuevo «Frente Democrático Popular».

Las siguientes elecciones generales preparadas por el Frente Democrático Popular, celebradas el 28 de marzo de 1948, se desarrollaron conforme a los fundamentos de una «democracia popular madura». La lista única fue votada de forma masiva, con lo cual el Partido Obrero, a la cabeza del Frente (más de 93 por ciento de los votos), obtuvo 405 de los 414 escaños de la Cámara. La Asamblea salida de los comicios aprobaba el 12 de abril de 1948 la «Constitución» de la República (reemplazada por otra nueva en 1952), según los postulados teóricos de la «dictadura del proletariado».

La vía soviética de acceso al socialismo —centralización del poder, impulso a la industria pesada, establecimiento de granjas colectivizadas en todo el territorio— iba cumpliéndose sin demora cuando el 19 de marzo de 1965 murió Gheorghiu-Dej. Tres días más tarde, el pleno del Comité Central nombraba como Secretario General del Partido a Nicolae Ceaucescu, miembro del *Politburo* desde 1955, y a Stoica Chivu presidente del Consejo de Estado. El cambio en la dirección política trajo como consecuencia algunas variaciones en la forma de actuar que, si no sustanciales, sí mostraban la voluntad del Secretario entrante de dejar su impronta con rapidez. Así, en el mes de julio del mismo año, el Partido recuperaba su nombre tradicional y pasaba a denominarse Partido Comunista de Rumania. En agosto era aprobada la tercera constitución de Rumania desde 1945, que elevaba al país a la categoría de República Socialista.

En realidad, si bien la Constitución sufrió retoques casi anuales a partir de 1968, no cambió su característica principal: la concentración de poderes en manos del Presidente o del Consejo, a cuya cabeza también estaba Ceaucescu, en uno de los ejemplos máximos de acumulación de prerrogativas e integración del Partido y del Estado. Así, la propia Constitución afirmaba que el Partido Comunista forma «la fuerza dirigente de todas las organizaciones y de todos aquéllos que prestan servicio en las oficinas y administración estatal», y la interferencia entre funciones se plasmaba en el Consejo de Ministros, el cual integraba no sólo a los responsables últimos de cada departamento sino al presidente de los sindicatos, al de las cooperativas agrícolas y al Secretario General de las Juventudes Comunistas.

Ceaucescu, al igual que su antecesor, fue acaparando los cargos principales del Estado-Partido. Además de ser Secretario General de la organización comunista, en diciembre de 1967 asumió la presidencia del Consejo de Estado y en marzo de 1974, cuando restableció el de la Presidencia de la República, él mismo ocupó el puesto. Ceaucescu dirigía personalmente la política exterior, era jefe supremo de las fuerzas armadas y designaba a su antojo a la mayor parte de los altos mandatarios.

Así, Ceaucescu favoreció un culto desmesurado a la personalidad que, como legitimación de su posición al frente del Estado, hacía del «genio de los Cárpatos» más un dueño absoluto de Rumania que un dirigente comunista como los otros.

La unidad de criterios ideológicos, políticos y económicos en el seno del Partido-Estado rumano se unían a un fuerte sentimiento nacionalista propagado desde el poder, así como a la búsqueda de una vía propia y exclusiva en su avance hacia el socialismo, todo lo cual condujo a enfrentamientos continuos con la dirección soviética. Las fórmulas autóctonas para conseguir la construcción socialista en Rumania y las discrepancias surgidas respecto a la política soviética, aun cuando ambos países firmaron un tratado de amistad en noviembre de 1970, se vieron reforzadas después de la visita de Ceaucescu a China y Corea del Norte en 1971. Para llevar a cabo sus ideas puso en marcha su particular «revolución cultural». Transformó el sistema educativo en sus diferentes niveles para dar cabida mayor al adoctrinamiento riguroso de la juventud —en un «nacional-comunismo» muy dogmático— y sometió a todos los medios de comunicación y, en general, al mundo cultural, para que toda actividad literaria, artística o divulgativa sirviese en última instancia de caja de resonancia al pensamiento de Ceaucescu.

La concepción totalitaria del Estado devino en una auténtica patrimonialización del mismo en esta fase de la historia de Rumania. Avanzada la década de los setenta, alrededor de sesenta miembros de la familia de Ceaucescu ocupaban puestos de relevancia en la estructura político-administrativa del país, práctica nepotista que el *Conducator* conjugaba con cambios en la dirección del Partido y entre los altos cargos del Estado cada poco tiempo para evitar que estas autoridades pudieran hacerle sombra en algún momento.

Sin embargo, de cara al exterior, las diferencias de criterio con la URSS, si bien siempre comedidas, fueron explotadas hábilmente por Ceaucescu para ganar un reconocimiento de Occidente, sobre todo después de que en 1968 condenara la intervención soviética en Checoslovaquia. Ya el año anterior el gobierno rumano intercambió embajador con la República Federal de Alemania y firmó un tratado de ayuda técnica y comercial con Israel, aunque el hecho más significativo en esta pugna con Moscú se produjo en 1975 cuando, después de haber entablado conversaciones con el presidente Gerald Ford, el gobierno federal norteamericano concedió la cláusula de nación más favorecida a Rumania. Dos años más tarde el país era aceptado en el «grupo de los 77» gracias a lo cual obtendría recursos financieros importantes de los organismos internacionales. Todas estas ayudas sirvieron de poco para estimular la economía nacional a causa de la política desplegada por las autoridades y a partir de 1975 la estructura económica se degradó radicalmente a pesar del endeudamiento exterior, cada vez más desorbitado.

Pero las consecuencias negativas no fueron sólo sentidas por la población. Para hacer frente al pago rápido de la deuda, las inversiones industriales fueron paralizadas con lo que la maquinaria quedó obsoleta y los niveles de productividad y competitividad descendieron. La situación general del país era tan grave que hasta los resortes más firmes del poder comenzaron a peligrar. En realidad, el control total sobre la población ejercido desde el aparato estatal había imposibilitado el surgi-

miento de un movimiento opositor importante después de 1948, salvo la huelga de mineros en la región de Jiu en 1977 o las protestas después de la publicación en octubre de 1981 de un decreto sobre racionamiento de alimentos que fueron rápida y drásticamente reprimidas en la zona también minera de Gorj, como lo fueron las manifestaciones habidas en el norte de Transilvania en octubre de 1983.

Ceausescu reaccionó cerrándose en banda ante cualquier posibilidad de reformar el sistema y apoyándose cada vez más en su propia familia. En el XIII Congreso del Partido (1984) fue reelegido por quinta vez Secretario General; su esposa Elena continuaba en el comité político ejecutivo; su hijo Nicu entró de suplente en el mismo comité; la esposa de éste, Poliana Cristescu, era designada para el Comité Central, lo mismo que Ilie Ceausescu, hermano de Nicolae, y así sucesivamente.

Al mismo tiempo, las voces de los exiliados y la propia opinión internacional clamaban con insistencia en contra del atropello constante a los derechos humanos en Rumania. En 1987, la desesperación popular tuvo su reflejo en el levantamiento de grupos obreros en Brasov, brutalmente aplacado, en el mismo año en que Estados Unidos suspendía la cláusula de nación más favorecida. En abril de 1989, cuando el dictador rumano anunciaba satisfecho al mundo la liquidación de la deuda, el parlamento europeo paralizaba las conversaciones sobre comercio con el país de los Cárpatos hasta que el gobierno no pusiera fin a las violaciones de derechos fundamentales. Era evidente que el fin de Ceausescu estaba próximo.

## 2. Crisis, transición y «retorno a Europa»

Al empezar el año 1989 el poder absoluto ejercido por Nicolae Ceaucescu y su clan familiar parecía no correr peligro. Para evitar posibles contagios, el dictador en persona había rechazado poner en marcha la más mínima reforma que pudiera afectar a la forma o contenido de su régimen (por mucho que en Moscú fuera la hora de la *perestroika*), y menos aún que hiciera peligrar su continuación al frente del país.

Sin embargo, la situación comenzó súbita e inopinadamente a enturbiarse a propósito de la orden de búsqueda y captura decretada por el ministerio del Interior contra el pastor calvinista de origen húngaro, Lazlo Tökes, que se había distinguido por su defensa de las minorías y por sus críticas constantes al régimen. La firme protesta de la población de Timisoara los días 16 y 17 de diciembre de 1989 por la actuación de la Policía de la Seguridad del Estado (*Securitate*) en torno a la detención de Tökes fue reprimida por parte de aquella sin contemplaciones. La violenta actuación de la *Securitate* no logró apaciguar los ánimos de una población al límite de la resistencia mental y material. El 21 de diciembre las protestas volvieron a reproducirse, aunque en esta ocasión en Bucarest, durante un encuentro organizado por el propio Ceaucescu para contrarrestar las críticas recibidas de la naciente oposición mediante un acto clásico de adhesión inquebrantable al *Conducator* y a su régimen. La muchedumbre apostada ante el palacio presidencial, con los alumnos universitarios al frente, mostró su repulsa total y absoluta a los incidentes de Timisoara y, por ende, al propio dictador, lo cual provocó enfrentamientos entre los increpantes y la *Securitate*; este mismo día era fundado en Timisoara el «Frente Democrático Rumano», que en su primer manifiesto público reclamaba el final del sistema comunista. Para evitar nuevas protestas populares —totalmente espontáneas dada la ausencia de disidencia y menos de oposición en el país— las autoridades decretaron el 22 de diciembre el estado de excepción en toda Rumania, día en el cual se suicidaba el ministro de Defensa, Milea.

Las medidas preventivas por parte del gobierno no produjeron los efectos previstos, y el mismo día de la entrada en vigor del estado de excepción un nutrido grupo de opositores al régimen lograba entrar en la sede central del Partido Comunista; lugar desde el cual momentos antes la pareja presidencial, Ceaucescu y su mujer Elena, había logrado huir en helicóptero. Esta circunstancia producía un inesperado vacío de poder que fue rápidamente aprovechado por la primera oposición formada en Rumania digna de tal nombre para dirigirse al país por televisión, medio de comunicación que de emitir tan sólo dos horas al día iba a pasar a desempeñar un papel de primera magnitud en los acontecimientos revolucionarios de finales de 1989. En nombre de este sector habló el poeta Mircea Dinescu para anunciar que la nación estaba ante «una revolución pacífica, la revolución de todos; que el dictador había caído; y que el país era libre y los rumanos debían de tomar su destino en sus propias manos». Las noticias sobre la situación del país se sucedían a velocidad de vértigo: en el telediario de tarde del día 22 de diciembre se anunciaba que Ceaucescu y su mujer habían sido detenidos en la localidad de Tirgoviste (en palabras de

Michel Castex el «Varenes de la pareja real-leninista»); al mismo tiempo se insistía en que las fuerzas armadas habían optado por romper su fidelidad al régimen y apoyar la ruptura con el sistema comunista. Ante la posible extensión de los enfrentamientos armados entre el Ejército y la *Securitate*, los captores del dictador decidieron juzgar de manera sumarísima al *Conducator* y a su esposa, los cuales fueron condenados a muerte y ejecutados sin dilación el 25 de diciembre de 1989.

Fue en esos precisos momentos cuando hizo acto de presencia a través de las ondas (muy especialmente en *Radio Moscú*) un movimiento político denominado «Frente de Salvación Nacional» (FSN) con el comunista contestatario Ion Iliescu como portavoz y principal dirigente; el propósito del FSN fue el de tranquilizar a la población en momentos tan delicados para el país y, haciendo profesión de fe reformista, prometer que Rumania abordaría de inmediato las transformaciones necesarias para construir el Estado de Derecho. Así las cosas, la mínima oposición que comenzó a fraguarse a partir de la segunda quincena de diciembre, compuesta por defensores de las minorías y de los derechos humanos, intelectuales o de estudiantes, y que tan decisiva había resultado a la hora de facilitar la caída del dictador, debió conformarse a continuación con desempeñar un papel de segundo orden, consistente en vigilar las actuaciones del FSN.

Sin solución de continuidad, las nuevas autoridades del Frente —antiguos comunistas críticos al *Conducator*— se vieron obligadas, tal como habían prometido, a poner en marcha el proceso reformista que derogase todas las normas constitucionales del período comunista y anunciase la convocatoria de comicios libres y pluralistas en la primavera siguiente. En efecto, el 20 de mayo de 1990 se celebraron las generales a las Cámaras de la Gran Asamblea Nacional (Cámara de Diputados y Senado) a las cuales concurrieron más de ochenta formaciones políticas para disputarse 396 escaños de la primera y 119 de la segunda, de los cuales sólo veintisiete obtuvieron escaños. La victoria correspondió claramente, y sin que se pueda hablar de fraude generalizado, al Frente de Salvación Nacional, que obtuvo para la Cámara de Diputados más de nueve millones de votos, el 66 por ciento de los sufragios, y 263 escaños de un total de 387; y más de nueve millones trescientos mil votos para el Senado, y 91 escaños de los 119 de la Cámara baja. Al mismo tiempo tuvieron lugar elecciones presidenciales, que contaron con la participación del 85 por ciento del electorado y en las que resultó elegido el excomunista Ion Iliescu con 12.232.498 votos, es decir, el 86 por ciento de los sufragios; siendo prácticamente testimoniales los votos recibidos por los otros dos candidatos. El 28 de junio tomaba posesión el nuevo gobierno con Petre Roman a la cabeza.

En los inicios de la transición, la transformación de las estructuras económicas pasaba a ser una de las tareas más urgentes del gobierno. Por todo ello, la reestructuración de la economía conforme a las pautas del mercado (inversiones extranjeras, reforma bancaria y fiscal, liberalización de los precios, etc.); la reactivación y reprivatización con las leyes de julio de 1990 y agosto de 1991 del aparato productivo; la reforma agraria aprobada en febrero de 1991; y la corrección de los desequilibrios sociales (también en 1990 los precios habían subido en un 24 por ciento) eran presentados como objetivos de máxima urgencia. Pero estos buenos propósitos

del gobierno no lograban estabilizar la situación política, ni tampoco enderezar definitivamente la economía rumana, lo que obligó a Roman a presentar su dimisión irrevocable al Presidente Iliescu, a la vez que reclamaba la convocatoria de nuevas elecciones. Theodor Stolojan, hasta ese momento ministro de Hacienda, fue nombrado en octubre nuevo Primer ministro. A pesar de todo, a finales de 1991 parecía consolidarse el Estado del Derecho: el 21 de noviembre la Gran Asamblea aprobaba el proyecto de nueva Constitución, democrática y parlamentaria bicameral de tipo presidencialista, que sería ratificada por el pueblo rumano en referéndum el 9 de diciembre.

Junto al proceso de transición (dirigido en primer lugar por el FSN y posteriormente por la coalición Convención Democrática), a lo largo de la década de los noventa el esfuerzo desplegado por los diferentes gobiernos rumanos tuvo como objetivo fundamental la integración en la Comunidades Europeas y en la OTAN, ingresando previamente en el Consejo de Europa, el cual certificaba las credenciales democráticas para poder optar a la adhesión comunitaria. Para facilitar dicho proceso de integración europea (ya en mayo de 1990 Rumania había sido incluida en el Programa PHARE) la Comunidad estableció los «acuerdos especiales de asociación»: en noviembre de 1992 Rumania firmaba dichos «acuerdos europeos», en vigor desde marzo del año siguiente. Poco tiempo después, sin olvidar que las condiciones para la adhesión exigían el funcionamiento correcto de la economía de mercado, así como la estabilidad institucional en el marco de la democracia parlamentaria, el respeto de los derechos humanos y la protección de las minorías, en el Consejo Europeo de Copenhague del 22 de junio de 1993 la Unión Europea afirmaba de nuevo su firme voluntad de ampliación al Este, compromiso que reiteraba en el Consejo Europeo de Essen de 10 de diciembre de 1994. En función de lo anterior, y siguiendo la estela de Hungría y Polonia, países que en la primavera de 1994 habían presentado sus candidaturas de adhesión a la Unión Europea, Rumania lo hizo el 22 de junio de 1995.

Poco tiempo después, el Consejo Europeo de Luxemburgo de 12 y 13 de diciembre de 1997 autorizó la puesta en marcha del proceso de ampliación a los países del Este. Las negociaciones comenzaron el 31 de marzo de 1998, y entre los países seleccionados para una primera etapa no estaba Rumania (y sí lo estaban Polonia, Hungría, República Checa, Eslovenia y Estonia, a los cuales se añadió Chipre). La comisión alegaba fundamentalmente razones de índole económica para postergar las conversaciones con Rumania (y también con Lituania, Letonia y Bulgaria; y de índole democratizador para el caso de Eslovaquia).

Finalmente, el Consejo Europeo de Helsinki, celebrado en diciembre de 1999, anunciaba la inmediata inclusión en las negociaciones para el proceso de ampliación de Rumania (junto con Bulgaria, Eslovaquia, Letonia y Lituania —países de la denominada «segunda etapa»—, además de Malta y Turquía). De esta manera se perfilaba, teóricamente al menos, una Unión Europea de más de veinte países en los comienzos del siglo veintiuno, coincidiendo con el quincuagésimo aniversario de la puesta en funcionamiento de la CECA o con la firma de los Tratados de Roma. El otro gran objetivo de Rumania de la integración en la OTAN tam-

bién parece a punto de conseguirse una vez que la Alianza Atlántica en la Cumbre celebrada en Praga del 20 y 22 de noviembre de 2002 apoyara sus pretensiones de vincularse a la Alianza militar euroatlántica (junto a Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia, Bulgaria y Eslovenia), lo que debe suponer su plena integración en el 2004, cinco años después de que lo logaran Polonia, Hungría y la República Checa.